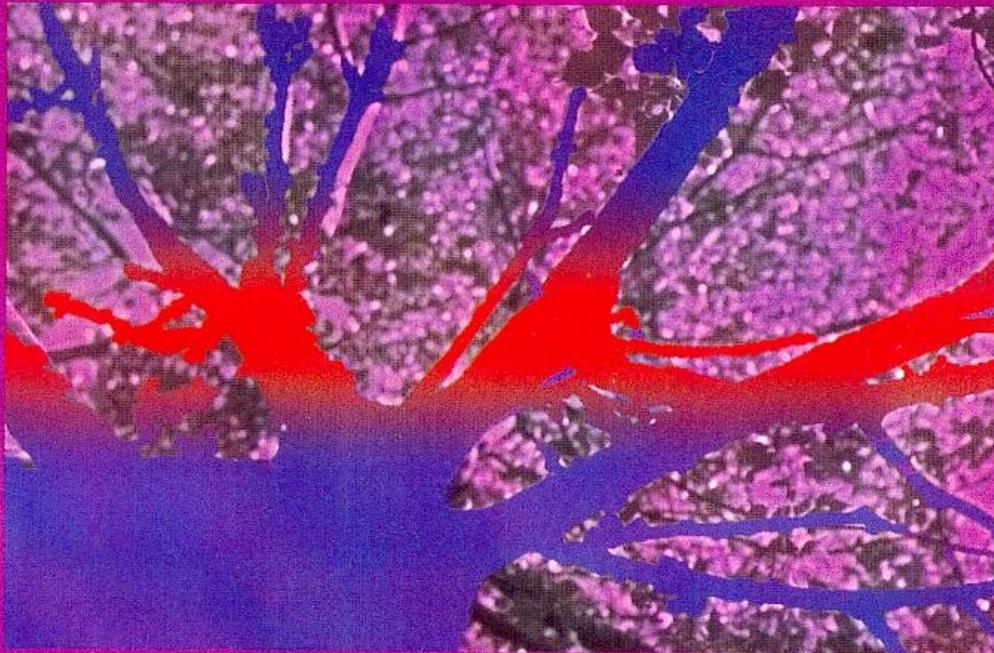


Guillermo Ibáñez

Árbol de la memoria



Árbol de la memoria

Guillermo Ibáñez

DÉDALUS - Colección de poesía - N° 11
Editorial Ciudad Gótica

ISBN N° 987 – 9389 – 31 - X

La poesía de Guillermo Ibáñez

La reunión de poemas de las distintas etapas de la obra de Guillermo Ibáñez se hacía necesaria. En las condiciones de conocimiento por parte de los lectores de poesía en nuestro país, nada más proclive al error que conocer a un poeta por sólo un libro o un par de libros. Más aún en el caso de Ibáñez, que se trata de un poeta complejo cuya obra posee un desarrollo no lineal, caracterizado por recurrencias y superposiciones; que además, la suya está parcialmente dispersa en publicaciones y volúmenes colectivos.

Por su fecha y lugar de nacimiento, nuestro poeta debió haber adherido a los parámetros del creacionismo o, mejor aún, del cotidianismo. Con el primer nombre hemos preferido designar a la corriente que suele identificarse como “Segunda generación vanguardista”, o “Vanguardia surrealista”. Pero nuestro apelativo connota inequívocamente para mayor claridad la relación de estos poetas con las teorías de Vicente Huidobro: “no cantéis la rosa, poetas/hacedla florecer en el poema”, que sirvieron de principio rector para la corriente y la distinguieron del vanguardismo primigenio, que otorgaba a la poesía un papel más restringidamente celebratorio.

G. Ibáñez nace en Rosario en 1949. Al llegar a la adolescencia, cuando empiezan a dársele los primeros poemas, termina de florecer el creacionismo rosarino, ciertamente algo atrasado con relación a movimientos porteños como el invencionismo de Edgar Bayley o su posterior decantación en los poetas de “Poesía Buenos Aires”, liderados por Raúl Gustavo Aguirre. Para entonces, autores como Aldo Oliva, Alberto Carlos Vila Ortiz, Rafael Ielpi, Elena Siró o Armando Raúl Santillán -precedidos de Rubén Sevlever, que hace de nexo con la sensibilidad anterior, la de la Generación del 40-, ya están publicando revistas literarias, y dando a conocer sus primeros libros.

Pero simultáneamente otros poetas, de la misma o parecida edad que él, circulan por bares y foros culturales de la ciudad, defendiendo una sensibilidad distinta: si los anteriores se han beneficiado con la democratización cultural aportada por la bonanza económica que aprovechan los sectores medios y humildes, éstos viven esa democratización como natural, y proyectan los valores antes privativos del libro a los géneros despreciados de la historieta, la canción, la novela policial y de ciencia-ficción; y odian el tuteo en la narrativa (aunque difícilmente se animarán a suprimirlo de la poesía). La corriente que van a generar ha recibido nombres como cotidianismo, coloquialismo, Generación del 70.

Cuando G.I. comienza su actividad poética, tras juveniles experiencias teatrales, sin embargo, no es a ninguna de estas líneas que adhiere.

En efecto, desde “Tiempos”, libro primerizo de 1968, y continuando en “Las paredes”, e “Introspección”, de 1970, su primer libro poéticamente importante, se lo ve comulgar con un desasosiego cósmico de corte vanguardista:

*“Pisar el silencio continuo
de eternas introspecciones
sin que nadie comprenda
el sentido metasónico
hundido en la abstracción
del Universo.”*

que se continuará en las dos composiciones contenidas en “Poemario 72”, una edición colectiva:

*“Las puertas son herméticas
a través de la oscuridad
y descendiendo escalones
de mí mismo
por una escalera inconducente”*

y en los trabajos incluidos en “15 poetas” (1971), un parecido emprendimiento, donde los vecinos poemas de Guillermo Harvey, uno de los poetas creacionistas más emblemáticos de la ciudad, revelan la influencia que éste tiene en nuestro autor, matizando su postura anterior con una ahora evidente demiurgia.

Todos estos elementos se sistematizarán y adquirirán nueva significación en “El lugar” (1973), uno de sus mejores libros. Desaparece aquí la predominancia anterior de los signos abstractos, y las referencias crecen en carnalidad; el emisor lírico cobra realidad.

Este último, el supuesto delirante que masculla su mensaje desde «El lugar» del título, tiene puntos de contacto con el pesimista demiúrgico de la etapa anterior y con el vitalista whitmaniano que aparecerá después; en parte porque, según un hábito literario que proseguirá más tarde, el autor incluye poemas ya publicados antes. Pero ahora estas composiciones son portadoras de elementos con significación distinta, se crea un sistema nuevo:

*“quiero derrumbarme
en la penumbra orbital
de mi universo incendiado”*

En este cosmos, **que ya es conciente del ser propio del poeta**, se despliegan visiones demenciales que alcanzan a sostenerse en virtud de esta pertenencia; y se genera un lenguaje fuertemente personal:

*“La noche borra
las esperanzas de
encontrar dulzor”*

La demiurgia trasciende la postura con que los creacionistas habían impregnado su discurso; se vuelve vitalismo típicamente vanguardista:

*“sigo tratando de duplicarme centuplicarme
para sentir más veces lo humano que soy
para ver millones de noches en una”.*

Contra estas posibilidades del emisor lírico se alzan las paredes “del lugar”, el encierro donde la realidad ata al genio, cuyo debatirse engendra el poema:

*“Hay un cielo, llamándome a poseerlo
y yo me oculto detrás del encierro.”*

Un año después, trabajos suyos integran un volumen de poemas junto a Ana María Cué, Dora Norma Filiau y Armando Raúl Santillán (“Poemas”). Los de nuestro autor, fechados desde la época del primer libro publicado, comparten por esa razón, características de los anteriores reseñados, permitiendo seguir una abreviada evolución, que regresa a la función creacionista de aceptar o desechar poderes del poeta en tanto que tal, ya que es la palabra que interrumpe la disgregación de la realidad, y, por ende, el miedo a que ésta cese, lo que proporciona dramaticidad al discurso.

“2 y 2” es otra edición conjunta de los mismos autores de “Poemas”. Aparece recién en 1980, -es decir, seis años después que la otra-, y en lo que se refiere a Ibáñez, contiene “Los espejos del aire”, una serie subtitulada “Poemas del paisaje”, que se reeditará casi completa en 1989 con ese mismo título y subtítulo en forma independiente. Estas composiciones constituyen un nuevo corte, y a ellas nos referiremos más adelante, pero en 1981 se da a conocer “Poema último”, que también tendrá una reedición (en 1992), y que continúa la línea anterior, por lo cual será tratado a continuación.

“Poema último” ya desde el título parece ser la expresión más dilatada del vitalismo que antes aparecía mezclado con otras posturas: algo así como un testamento, una palabra final porque su trascendencia no permitiría otras, un discurso que se clausura:

*“Vivir
este voraz ceremonial
(...)
la huida del equilibrio
el vértigo total
como si arribáramos a la muerte.”*

Esta actitud propuesta como demencial, en la que se abandona la referencialidad habitual para hundirse en una omnipresente actividad erótica, convierte a la existencia en un hecho estético, precisamente por la inutilidad de todo fin práctico:

“Escribir para nada”

La función del poeta, con todo, sigue siendo demiúrgica, no sólo porque esta realidad trascendente es creada por él, sino porque es también él, quien se encarga de: “...alarmar/a los que permanecen dormidos.”, el que confiere sentido a la vida y al universo común, en función del mundo paralelo que crea con su palabra.

“Poemas de amor”, publicado en un libro conjunto con Jorge Isaías (“En carne viva”) en 1982, muestra en cambio un creacionismo mucho más moderado, donde el emisor lírico percibe y selecciona las señales de lo trascendente, pero desde una actitud mucho más intelectual:

*“Me hundo en los tembladerales
voluptuosos de tu voz
y es como si de pronto
reabriera sus posibilidades
el cielo inalcanzable
de la Vida.” (subrayado nuestro)*

En 1983, Ibáñez vuelve a publicar con otro poeta. Se trata esta vez de Reynaldo Uribe, y el nuevo volumen se llama “Palabras y silencios”. Nuevamente predomina aquí lo demiúrgico por sobre aquel tono vitalista de “Poema Último”. En efecto, “ya estar no significa/Estar/sino todo lo contrario”. Ahora lo último ya no es el poema, sino el estar, que deja como trascendencia “un silencio / y en poemas hilvanada / alguna que otra palabra.”

Estas palabras que aparecen como intrascendentes o fugaces, no lo son tanto en realidad, ya que fundan la razón del poeta para decirlas. Pocas, sirven para diseñar, para configurar, su discurso creador de la realidad tal como él la sueña, la auténtica, y no la banal cotidiana que “extravía” los pasos.

No es de extrañar, entonces, que en un nuevo volumen colectivo, “Poemas para América”, de 1985, G.I. se permita aconsejar paternalistamente al hermano “que aún no despierta”, y gritar su indignación cívica y étnica en un tono más bien chirriante .

Tras éste, aparece “Poema del ser” en 1986. Nuevamente asume el vitalismo, pero esta vez bajo la advocación expresa de Walt Whitman y se aleja marcadamente de las posturas creacionistas: «Soy el nuevo poeta de la vida / y sólo me inclino ante ella.»

Efectivamente, ya no son las palabras las que están facultadas para dar justificación al mundo: él existe antes que ellas; incluso el silencio ya no es la ausencia de palabras del poeta, sino algo con valor propio. El poeta pasa a una condición de mero celebrador, se reconoce valer sólo como parte infinitesimal de lo viviente, de “lo que es”, que forma por así decirlo, él solo el poema (del Ser), que el emisor lírico sólo tiene la función de reconocer y predicar.

Esta actitud estética vincula a nuestro poeta, de nuevo con la antigua Vanguardia, aunque con marcas actuales lo lleva a redefinir el paisaje, que tendrá desde entonces una importancia especial en su poesía. “Los espejos del aire” -los poemas “del paisaje”- precisamente, constituirán un punto clave de esta poesía, republicados ahora, en 1989, después de integrar la edición colectiva de 1980, a la que ya nos hemos referido. Con todo, no se los reproduce idénticamente: hay algunas significativas variantes, y algunas composiciones se suprimen. Lo que ahora aparece constituye lo más logrado de la lírica de Ibáñez : un discurso sereno que se inclina ante el otro, ante lo que no es el yo, la naturaleza (“el paisaje”), cuya onticidad es ahora la que impregna de realidad al hablante lírico, con avatares que ya no son mostrados como tan centrales o importantes (“Quizás entre al sueño / para escribir el poema”).

La inversión de la relación creacionista es el aspecto más original de esta etapa de su poética: la naturaleza enseña al hombre a callar:

*“Creo que estaré siempre allí
para olvidar las palabras.”*

Y en cuanto al papel del emisor lírico:

*“No es necesario
ponerle palabras
al paisaje.”*

Esta postura no podría provenir, lógicamente, de los vanguardistas “ortodoxos”, cuyas líricas florecieron en otro momento. De hecho, ellos no tuvieron que “responder” al creacionismo, sino que fue más bien al revés, y si una poeta como Beatriz Vallejos va dejando de describir al mundo para, en realidad, terminar siendo descripta por éste, por ser nombrada por el otro, en un proceso de indiferenciación, de consustancialidad, ello no ocurre como reacción a las posturas demiúrgicas. En Ibáñez, en cambio, ello se produce como clara respuesta a aquéllas, incluidas las que él mismo suscribió.

El abandono de la visión del poeta como creador de realidad se muestra claramente como derrota ante la naturaleza, como deseada capitulación; modalidad especial con que se alinea ahora con los propósitos de su generación, perseguido también por los cotidianistas, aunque con otros métodos. De hecho, ha probado que no necesita acudir a los métodos de los cotidianistas (en “Las voces de la palabra” figurará el único caso de voseo utilizado por él), para marcar la diferencia con la generación que lo precede.

En la edición conjunta “Poemas por el hombre”, (1990), recae en el creacionismo, por ser textos anteriores a «Poemas del paisaje». El hombre de estos poemas no sólo vuelve a ser el eje del mundo, en detrimento de la naturaleza, sino que el poeta, el que le ha dado ese carácter, es mostrado como quien genera ese mundo donde eso se produce, publicados extemporáneamente y pertenecientes a modos anteriores de expresión.

“Las voces de la palabra” -que llevan el subtítulo de “Sombras sonoras”-, de 1992; proponen una nueva actitud en esta dinámica hombre/naturaleza; intentan la intervención del poeta creador que se

valga del enorme poder de aquélla, de su potencial óptico, para generar un mundo humano donde la verdad sea perceptible también **humanamente**:

*“Reproducir
el trino y
el graznido
de la alondra
o del cuervo.
Rasgar con
esa voz
los velos.”*

Este resistirse al silencio, al que antes el poeta se abandonaba gozosamente, se funda en una bipartición indispensable para leer estos poemas:

“Para las cosas
el silencio.
Para el hombre
la voz.”

Con todo, “se es más la voz / que lo que se canta”. La explicitada predominancia de lo material del canto por encima de sus valores trascendentes no elimina la actividad demiúrgica, pero la convierte en una especie de conjuro, donde el papel del poeta pierde autonomía intelectual, donde su lucidez deja de ser fundante. El poeta, parece decirnos Ibáñez, es el encargado sí, de lograr que el mundo sea real, pero por medio de una intervención donde el ritual -que puede diseñar apenas- importa más que el celebrante.

Esta tesitura significativa se prolonga, pese a un intervalo de ocho años, en «El arte del olvido» (2000), que forma parte de lo escrito a partir de los 90 junto con «Los velos de la luz», «Estandartes», «En la palabra».

Palabra y silencio son dos polos semánticos que se corresponden con hombre y paisaje; y su dinámica, su particular forma de articulación, es la que funda el discurso. Así, Ibáñez se configura generacionalmente, afirmando su voz como inefable e insustituible; pero también renunciando a considerar su hablar como creador del mundo.

La palabra es, más bien, la creadora del silencio: ese lugar -un lugar, una vez más-, donde el paisaje puede, en realidad, crearnos a nosotros. Pero sólo a condición de ser, a su vez, delimitado, definido como silencio, por la voz del poeta.

Esta edición incorpora también la poética inédita del autor hasta el 2000. Dentro de ésta, se incluyen los restantes poemas que integran «El arte del olvido» que no figuraron en la primera edición. De este modo, el lector poseerá una visión abarcadora y completa de su obra.

Eduardo D’Anna

Este conjunto de poemas son producto de distintas épocas en publicaciones de diferentes libros.

La edición conforma un corpus y es definitiva, después de sucesivas correcciones, a mi entender necesarias, para esta antología que en cierta forma es, en su totalidad, mi trabajo poético hasta el año 2000.

G.I.

Del libro

Introspección

(1970)

I

Por qué,
ésa era
la pregunta
de mi niño.

Para qué,
es hoy
incontestable.

Hoy

El cielo se abrió a mis ojos
y nací a este momento,
el momento con fe de sangre
y he visto derramarme.

Desde la primera letra
en posición de punto
que se hace siglo,
del invento de alegrías,
de puentes hacia el llanto,
de transformación de esquemas,
siento el mismo cansancio
en mis pies viejos.

Del reflejo introvertido
de la perfecta rutina.

Del caos de la luz
y del invierno,
del silencio, la guerra y la arruga.

Nací mi muerte con la extrañeza

del tarado y tal como antes
me estoy llamando.

El cielo se cerró en mis párpados
y recién entonces, pensando
me sentí esperado.

Ya no había negación en el silencio
ni oscuridad en la luz del día.

Tanto tiempo transcurrí, soñaba.

Pesado minuto caído de la nada y
ya vuelto.

Ayer observé detenidamente
mi terraza en el espejo del agua
y la sabía con el deseo de ahogarse.

Ayer estuve recordando;
nadie tiene azotea,
sólo algo así como una sonrisa,
dientes de brillante, ojos de vidrio
y lengua de gigante.

Manos de nene, pies de tambor,
dedos de sentencia,

Hoy amanecí temblando:
el miedo era mi llanto.

La puerta herméticamente abierta

Dolorosamente las paredes
sollozan
ante mi respiración oculta.

Cada lado de este cubo
huye de mis ojos
y siempre mis brazos
son cortos
para algo tan vano
como el olvido.

Cada plano se convexe
y un globo me circunda,
nuevo o viejo,
como el nuevo o viejo globo.

Las diferencias están en que
lo mío es transparente.

La mirada guarda soledades
incómodas, mudas y tristes
que socavan el cuerpo.

Estoy totalmente conmigo
con todos los testigos que
guardo sin ruido.

La habitación llora mis
lóbregas diferencias
y a mi cielo, a mi tiempo,
a mi sueño
y al silencio impotente
cargado de gritos
de un primer número
similar a la perfección
inconsciente.

Deshecho de esencia

El tiempo aniquila rotundamente
todos los anhelos cósmicos
de un ser que busca
su misma esencia
en la introspección profunda,
y al no llegar fuerte
a su memoria primera
queda detenido en una espera de cielo
con un reloj en la mano izquierda
y su propio espejo en la derecha.

Ahí, en el lugar que la especie le confirió
la sabiduría,
los pájaros caminan por la terraza
y los buitres comen de su mano derecha.

Más abajo, haciendo esfuerzos
las angustias navegan
en un río de semen
que se desperdicia
en el sexo del mundo.

Penúltimo escalón

Ya no habrá un amanecer y un sol
ni mañanas calculadas en los ojos

despertadores o camas sin deshacer.

Todo será cobijarse en la tutela
de la noche, sin girar las músicas
ni volcar lenitivos en nuestra boca.

Desde este momento
la entraña devoradora
tendrá algo más para sus hijos
que nunca dejan de pedir.

No habrá intercambios de ideas,
sólo nosotros, destrozados.

Con un suspiro de alivio
y un reencuentro fugaz e inútil
en los espejos,
para al fin perderse,
dejarse arrastrar allá,
nunca y siempre, luz y oscuridad.

Al fin dejar el suplicio.

Centrifugarse, comer vacío
y girar en el aire, eternamente.

Poema en tiempo

Hastío ya no.

La espera agobiante
o el cáliz de muerte
que suele buscarse.

Huir hacia ayer
que era tiempo.

Hoy el alegre silencio
se hace llanto.

Hoy verde campo
ha llovido y llovido
lágrimas sin sentido.

Hoy noche de verde
y verde de noche,
noche, negro negro.

Negro para llegar
al centro.

Hoy, centro cerebro,
caos y negro.

¿El rojo
será sólo un puente?

Poema sin nombre

La calle conservó el
mismo clima de entonces.

Aquella vez vacía y gris.

Compactos empedrados
se metieron en mi boca,
fui tragando la sed de la noche
y encontré su lecho oscuro.

Este hombre complementario
balbuceó sólo unas palabras
que no alcanzaron
para darle nombre.

Exacto paso y mirar transverso.

La hegemonía del paisaje
era cerrada, había sombras.

Aún ahora, poblada de gris vacío
cubre la noche gastada
del señalado hombre,

hombre aparte, prisión de paredes,
balcones y puertas,
silencio de telarañas, hombre derruido.

Nadie pudo terminar el camino.

Del libro

El lugar

(1973)

Onírico

Entre los buitres de los sueños.

Entre los buitres angelicales monstruosamente acicalados,
surge el fuego, hecho por el tedio de los volcanes interiores.

Quizás por eso en la noche de todos los silencios

y de la gruta estrellada,
los papeles y los ojos se mezclan en habladurías,
cuando los pájaros azules del ventrílocuo,
van volviendo a la botella
que se tapa con un corcho de nubes.

Nubes de mentira con laderas que vuelcan su frío,
el frío de los árticos, el frío de los infiernos,
el calor de los cielos se cierne sobre nosotros,
el cielo de los cielos baja hasta los infiernos.

El infierno sube, baja. El infierno es de frío.
El cielo de caluroso invierno.

Es entonces cuando los vasos inigualables de la perdición
se encuentran en todas las esquinas para apoyarse
sobre los torrentes del papel.

El momento en que los pájaros buscan, para emigrar,
para huir hacia los hermosos espacios blancos.

Mientras, desde el vientre meta-atmosférico
parten tres carros de ilusiones
que batallan con los infiernos ascendentes
y los cielos esenciales.

Solución conocida

Llevo en mí un destino de pie grande hundido en la tierra
un deseo de doblar cada esquina de la noche
para encontrar el propio eco,
para no morir sin saber del próximo sol,
para despertar después de haber podido dormir.

Una deuda de noches al destino onírico
y al sol nocturno de hielo,
con mi incomparable pobreza de niño
con mi niñez de martirio insufrible
con mi cobardía inmensa de hombre,
apartándome hasta el límite de la inconciencia
para escapar de paredes de sueño que asimilan
esquemas y expelen resultados,
o de los que sientan sus ojos sobre el cielo para amar
careciendo de manos.

Nunca faltan éstos. Ni tampoco el que grita. Ni el que muere, el desesperado que se ahoga, el que muere
en sueños,
el que sube con zapatos de plomo una montaña inaccesible.

Ni el que grita, ni el que muere, ni la repetición constante,
y sigo tratando de duplicarme, centuplicarme, para sentir más veces lo humano que soy, para ver
millares de noches en una

y llegar al día al final del conteo.

Entonces, para qué andar caminando la soledad si la luz
es muerta, si el cauce es río.

Para qué conociendo la solución.

Para qué, si las venas engordan como niños glotones
cuando se las estrangula.

Poema 2

Transito
valles

sueños

viejos caminos
que conducen
a un maduro desierto

allí
la magnitud
suprema
se parece
al viento.

Inmensidad

Hay un cielo llamándome a poseerlo
y yo me oculto debajo de él.

Las estrellas treparon la cavidad celeste
y el firmamento poblado no es tan vano.

Todo es imposible, encadenado a tranquilizantes
que paralizan toda voluntad.

Es espantoso asimilar el llamado
porque al tratar de evadir la prisión,
los soldados blancos retoman sus puestos
y a veces suaves, otras violentos,
me devuelven al sitio del gran cuarto
donde otros como uno cada día,
ven truncada su esperanza de ver cielo
en cada huida frustrada hacia los patios
cuando el timbre da
la última
llamada.

entre furia de piernas
de manos, de gritos,
de gritos que se introducen
en la costumbre del agua y el agua
se hace calma en esas horas.

Una y otra vez la lucha desorbitada
abatiendo fantasmas,
el delirio se eleva conmigo.

Entonces bebo quietud.

Estadía

I

Escurrirse del sopor
de la oscuridad.

Clavar los dedos
en piedras de hastío.

Caminar hacia el delirio.

Los rostros demudados.

Consagrar el miedo,
al confín
de las transparencias.

II

Ahondar en boteales
libres imaginarios.

Porque apaciguan con furia
entre aristas de tedio
imponiendo evasiones.

El silencio exacto.
La estación perenne.

Transponer escalones
de memorias y estigmas.

III

Pregonar deseos
entre las esferas vítreas
sin encontrar
motivos audibles.

Llegada al lugar
de la opresión.

Edad sin escrúpulos
que escapa por siglos.

Con solos espacios
y viejos misterios.

La vivencia ausente.

Gastar la luz
en vorágines y sueños.

IV

Heredar la noche y la tierra
el mito silente
en la arena estéril
del joven desierto
suspendido del alambre rojo
que deslumbra el iris,
delante de la sombra que anticipa futuros
sueños de lémures ateridos
la gran confusión
la boca sedienta marchita
la invención de un tiempo
en la llanura del cielo
último estado en la demencia.

Lugar

Las puertas de los armarios están clausuradas
por las propias y las otras puertas.

Los buscadores de paz lo rompen todo.

Las puertas se escapan por las escaleras
de los buscadores de paz.

Los frascos lenitivos alcanzan a salir
llegando a las jeringas o las bocas.

Un vaso de agua o una aguja.

De pronto un golpe.

Una voz insuficientemente blanca.

Porque las guardianas del zoológico
pisan, enlutadas de blanco, sin ruido.

Los gritos, son volúmenes permitidos.

Construcción

La luz de la lámpara es de vidrio y gomalaca.
La mesa se asemeja a la fuente cercana de una montaña.

Un fumador de angustias que perdió su vida en un lápiz
mira la realidad hecha precisamente con lápices papel y
carne.

Los papeles sufren el aglomeramiento de los diccionarios
apilados.

Los lápices son caballos imposibles de domar.

En cambio la carne sigue siendo carne,
acomodándose al lugar que le corresponde,
en la mesa donde el fumador de angustias

come una montaña de su misma carne
y bebe por los ojos
un vaso de luz en cada sorbo enrojecido.

Caída

Huir del pequeño diente hundido
en el atardecer de tu frente.

Virginal como una paloma negra,
como el pan o una retardada mental.

Hincado.

El ojo inyectado sale de su órbita y empieza
a caer, pasa por tu frente ahora oblicua,
resbala por tu nariz.

Las ilusiones son condenatorias

y los jueces sexuales imparciales.

Los hechos son ilusorios y los jueces eunucos.

Tus ojos miran el cielo hambrientos.

Tus ojos cielos, tienen apuro en deshacerse
del cuerpo del ojo.

Mi ojo penetrado. Mi boca empalagada
con los dulces de tu pelo.

Tu pelo colmando mi apetito
registrado en la guía turística de tus montañas,
tus lagos y tus cavernas.

Los dientes mastican visiones, todas mis miradas.

Atemporal intervención

lava lava lava lava
incierto si se trata de una mujer con ropas enjabonadas
o si del hombre espera que derrama su sexo sobre el tiempo

sólo se sabe lava
sobre las sábanas que lava la mujer del jabón
o impregnada en las sábanas del hombre
que espera sin ya más búsquedas inútiles
sobre el infierno de las noches solitarias
su lava y la esa mujer con jabones
y despues de excitarse
quién
la mujer que lejos lava la lava del hombre que la espera
o la lava del hombre tirada sobre desesperaciones
de no tener a la mujer que lava?

luego la mujer se siente tan molesta
que debe abortar también la espera del hombre
que sobre el pensamiento inyectó su lava
sin conciencia ni premeditación del dolor

aunque al fin los dos piensen que el médico
tuvo sus razones para impedir un hijo de jabón
producto de lava desconocida y psicofísica absurda
en una noche oscurecida hasta la imaginación.

Poema 9

La noche se partió en la niña,
el cielo-tiempo apartó todo,

la caricia al vértigo.

La noche inundó las cavidades
con el esperma de los difuntos
y en la calle infinita del sueño
tembló la herencia de los miedos.

Porque en un silencio apartado y sombrío
en un no lugar en un no espacio
en un no hastío en un no misterio
habitan los deseos de la sangre,
voluptuosidad que dirige
hacia actitudes de horror en los abismos.

La mujer del tiempo

Rompe un poco mi estructura
-dice la mujer-
no deseo estar tan entera.

Destrózame la cantidad de años
que esperé tu sexo.

Y el hombre agotado,
con el corazón latiendo agitado
como el vuelo huidizo
de un ave nocturna
a la llegada del amanecer,
vuelve y se va.

Vuelve,
quédate sobre el tiempo
-ruega la mujer-,
y si no es este el momento
tendrá ella otro destino
otro desengaño
y la ampliación del abrazo
para encerrarse en su propio beso
en la condenación
que la somete.

Las consecuencias tienen relación

De un padre silente y una madre tenue
nace un hijo de protestas.

De una madre verde y un vegetariano
nace un hijo clorofílico
para la exhumación de la naturaleza.

De un padre enamorado y una madre sin calor
nace un hijo indeciso entre la vida y la muerte.

De un hombre triste y una mujer gris
nace un hijo en días de lluvia.

De una mujer hermosa y un padre milenario
nace un hijo cósmico
que estará siempre en los bordes de la memoria.

De una madre cuadrada y un padre octogonal
nacen hijos geométricos poligonales.

De un hombre correcto y una mujer histérica
nacen hijos indescifrables.

De un padre suma equivocada y una madre signo
nacen dos hijos más dos hijas
que luego formarán sus propias ecuaciones incorrectas.

De una madre que nunca llega tarde y un padre relojero
nacen hijos calculados en horas y minutos.

De un padre tipo, con desesperación y búsqueda
y una madre con belleza interior y ternura
nace el hijo perfecto
que puede iluminar otros amaneceres.

Poema en la consumación

De una mujer traumada y un hombre traumatado
no pueden nacer hijos.

De un hombre traumatado y una mujer indecisa
sólo nacen hijos del pensamiento desequilibrado,
hijos ilusorios, hijos de dudas.

De una mujer traumada y un hombre impreciso
nacen hijos desconformes de su conformismo.

De un hombre transparente y una mujer opaca
nacen hijos que un día comprenderán la luz
y al otro día no intentarán descubrirla.

Entre un hombre encontrado a sí mismo
y una mujer en las mismas condiciones
nacen hijos que llegarán sin dolor a la perfección.

Del libro

P o e m a s

(1974)

I

Ando perdido en madrugadas de muelles
inventados sólo para el insomnio,
de muelles vacíos,
de bajeles cargados de despedidas y llantos
límites anhelados entre la posibilidad
de dos finales para un día naciendo

muelles por los que camino respirando
el propio incesante humo y
la pesada bruma del olvido
gastando pasos con las manos en alto
con gestos que nos devuelven toda partida
con labios mordidos en soledad
con un ceño que imagino
una ventana hacia adentro
hacia el caos y suicidio que aplaude
la culminación de este acto
escena de caminos desencontrados.

Camino sobre el escenario en los niveles
del agua

de muelles que perpetúan la vigencia
del grito
y demoran trascender los precarios
márgenes que nos atan al tiempo.

II

Recorro planicies
y llanuras
donde nace el vértigo

vegetales

que cubren del sol
los valles
perfumados de la noche.

Del libro

Interrogaciones

(1976)

Interrogaciones

I

Quién se aparta cada vez más
del ruido y de las voces,

espera ver reaparecer una presencia
detrás de los pliegues del olvido
para realizar el milagro del amor.

Quién camina las noches
las sigilosas madrugadas
errando con las estrellas.

Quién ha confundido la vida
con las inextricables marañas de
los libros durante tantos años,

se sienta en la orilla de un río,
pone su mirada en la corriente
y siempre es el momento de partir.

Quién callará su palabra, cuando
perciba la sordera del mundo,
subirá las escaleras de su buhardilla
para encontrar el silencio del humo,
mientras innumerables poetas
de todos los tiempos
aguardan en los anaqueles
el rescate de una noche, para vengar
con dolor y goce sus vidas.

Quién abrirá las ventanas de su cuerpo
a las estrellas y a cada nuevo sol,
que ofrece cada día una prueba,
suscribirá un manifiesto contra
el hambre o un gobierno,
y aceptará que los demás
lo enrolen en la demencia.

¿Quién es capaz de descubrir
la vida en un poema?

¿Quién estará tan atento para arribar
a Whitman, Pound, Milosz?
y descubrir en ellos, un hermano,
un espejo de uno mismo.

Quién aceptará la nostalgia
en la memoria del presidio,
se hará abstracción, signo,
oscuro visitante del alcohol,
desapercibido espectador de
todo lo circundante,
y a la vez visor de lo ínfimo
no visto,
que lleva a costas su universo.

Quién no distinguirá la vigilia
del ensueño, más que nosotros,
nuevos, primigenios,
eternos lobos esteparios.

II

Qué sinfonía reconocerán las sombras,
qué colores percibirán los ojos
cuando todo llegue a ser reflejo,
se diluya la ilusión del mundo
nos enfrentemos a los propios rostros.

Qué vano límite marcarán las fronteras,
qué desolado paisaje presentarán
los papeles sin letras,
si hasta ahora hemos transitado
sólo ruido de palabras sin sentido.

Qué nueva experiencia será la noche,
qué color distinto dará la señal,
qué estrella comenzará a brillar
en este páramo,
para guiarnos en los caminos de la muerte.

III

Un amigo se suicida al amanecer.

Pasan las horas.

La tarde gira lenta y gris sobre mis ojos.

El ocaso es como el fin y como la muerte.

Lo que después de la luz ha de venir
no me desespera ni lo temo.

Todo es noche.

Un amigo en Oliveros muerde barrotes
si es que el golpe eléctrico
le permite morder.

Un amigo en la calle tiene hueco
el lugar de los dientes.

Un amigo en el trabajo,
tiene atado el corazón y medida su alma.

Uno en la abundancia olvida al prójimo.

Uno enamorado se olvida de sus amigos.

Uno intelectual olvida las cosas triviales
y un trivial amigo no piensa en nada.

Qué hago aquí. Acaso compadecerme de ellos
o de mí mismo.

Acaso merezco saber lo que nos pasa a todos.

La tarde gira lenta y gris hacia la noche.

Entretanto, deambulo por las propias fronteras.

IV

Qué significado tendrá ese crecer hacia nosotros,
si sabemos que la muerte, próxima o distante
pero siempre ahí presente nos aguarda,
como anulando cada espera,
cada acto, como juzgando cada pretendida
huida del hastío.

Qué significado doloroso y sombrío;
no olvidar que todo es un camino hacia ella,
que el afán se pierde en la conquista y
siempre inventamos nuevos escalones
para justificar esa injustificable lucha diaria.

Qué significado preguntar el sentido de las cosas
si los ciegos gozan lo que vemos; añoran paisajes
y distancias, que nosotros tratamos de borrar.

Estos textos se incluyeron posteriormente, no fueron motivo de estudio del ensayo-prólogo que inicia el volumen.
Se publicaron en la antología «Poesía viva de Rosario».

Del libro

2 y 2

(1980)

Imagen

El firmamento
del atardecer
es como un océano
inaugurado
para desvanecerse
en la noche.

Y acaso la calma,
no sea sólo un estado
del espíritu
y necesitemos
este paisaje,
este lento transcurrir
de las horas
esta armonía de ritmos
y latidos
este perfume del padre
de los perfumes⁽¹⁾.

Un hombre
tiene apoyada la frente
sobre sus dedos
y ese suave tacto
libera una energía de fuego
que se conjuga
con el agua de su alma.

Quizás,
más allá del tiempo
se aclaren las vertientes
de su voz,
para iniciar el verdadero
viaje
al país donde la poesía
es la única anfitriona.

Poema

Percibir

la nube
fija en el horizonte

el viento
de la soledad

el ladrar
lejano de los perros

las campanadas
de un angelus olvidado
en la ciudad

las campanadas
que dan temporalidad
al instante

el brevísimo
planear de un gorrión
en lo alto

y el cruzar
vertiginoso
de algunos otros
entre árbol y árbol.

Poema

El viento de la noche

hace de las nubes
manadas incesantes,

del humo
remolinos que se pierden,

de mí
piedra indemne que respira,

cuando el calor de la tarde
agoniza en la lluvia

y rememoro el paisaje.

Poema

Cuando estoy solo, pero
«solo con solo» ⁽¹⁾

aparecen de todas partes
las luciérnagas y las ranas

el viento que acaricia piel
y césped y ramas

y entonces,
cuando estoy solo
me sitúo en medio del tiempo.

Poema

Las palabras
se dibujan solas
sobre el papel

y la luna
pone una nota
brillante

al tono opaco y calmo
de este instante.

Del libro

Poema Último
(completo)

(1 9 8 0)

Vivir este voraz ceremonial
en el que los poros transpiran la vida.
Vivir la breve circunstancia de la caricia
la efímera entrega del amor
la huida del equilibrio
el vértigo total
como si arribáramos a la muerte.

Incendiar mi boca con tu nombre
los días precedentes al encuentro.
Incendiar tu boca y tu piel,
el recorrido que distancia nuestros cuerpos.
Incendiarnos ambos
con este fervor demente que aún nos recuerda.

Olvidar todas las ausencias
en este ritual constante sobre tu piel.
Olvidar el pasado, los nombres, las presencias.
Olvidar todo si es posible
y debarrancarse en el fondo de los sexos.

Escribir como único testimonio de nuestras vidas.
Escribir con goce, como delirio
como comer pan o beber vino.
Escribir sin alturas ni bajo tierra
sin imagen de poeta ni postura de salvador.
Escribir, como alguien dijo:

con la propia sangre con los dientes y las vísceras.
Sin fantasía, sin obligación, sin miedo
con riesgo de locura,
con rebeldía de eco
que no se resigna a perder la voz pronunciada
con barro, con hierro, con fuego.
Escribir para vos y para mí.
Escribir para nada.

Abrir
tu puerta y abrírnos las entrañas
desde el comienzo de las miradas.
Abrir tu pueblo y abrírnos las calles
desde los primeros pasos.
Abrir el pecho
y dejarse *sangrar desprevénido*.

Recordar ese rito desgarrado
rendido en las espaldas
esa prueba de las bocas
y los dientes grabados en el cuerpo.

Amar ese lento viaje por tus muslos
ese trajinar indemne sobre las huellas del tiempo
surcando vulva y pechos
destruyendo mitos
destruyendo todas las antiguas manos
en el imperativo afán de construir una nueva piel
y un nuevo sexo
en la penumbra de este cuarto.

Violar
tu casa y la mía.
Violar todas las almohadas.
Violar los ojos castos.
Violar los sexos, los recuerdos
los ojos de los que esperan.
Violar la mente como un día último.

Urdir pequeñas y enormes artimañas para encontrarte.
Urdir mentales intrigas
en las que todos los protagonistas
resulten burlados.
Urdir una noche definitiva
para encender las luces de todos los escenarios
y ver a la humanidad
perdida en los desvaríos
de sus pequeñas y cotidianas codicias.

Arder y mantener permanentes
los fuegos de todos los incendios.
Arder desde abajo de la piel

desde donde crecen los gritos.
Arder, juntos
con el crepúsculo.

Pregonar las voluptuosas ceremonias
que desarrollo por tus formas.
Pregonar tu nombre y el mío
aunque todos los demás crean en la palabra amor.
Pregonar el dolor de todas las cosas que nos separan.
Pregonar la desesperación del juego de olvidarnos,
en la vana certidumbre de que en la distancia
nacerá la posibilidad del abandono.
Pregonar el vuelo de la miradas
cuando el universo se hunde y
sólo las estrellas nos salvan.

Alarmar
a los que permanecen dormidos
para que alcen la palabra.
Alarmar constantemente a los pájaros
para que nunca dejen de cantar.
Alarmar los ríos, las tempestades.
Alarmar los pueblos, las ciudades.
Alarmar al mundo, para que viva.

Recorrer las calles sin nombre de los años
y nominarlas con las ideas de los enamorados.
Recorrer todos los puertos y fronteras.

Y que los libros, los amigos, los unidos, los desavenidos
los que ensalzan ciertas uniones
los que desean,
los viejos, los niños, los demás poetas, las luces y las sombras
los curiosos, los vecinos, los ancestros
los sicólogos y los demás enfermos
los que no aceptan como son
los que revolucionan con palabras
las estatuas y los perros
los guardianes de todos los zoológicos
los actores, los comerciantes, los sabios, los envidiosos
los santos, los iluminadores y los iluminados
todos sepan que nos hemos evadido.

Aunque mirando nuestros rostros en los espejos
decidamos que es mejor morir
sin que nadie despierte.

Del libro

Palabras y silencios

(1 9 8 3)

Poema

Ya me fui
de las cosas que huía
aunque quede mi cuerpo
como testigo y presencia

ya estar no significa Estar
sino todo lo contrario

por los caminos del olvido
transito mi última estadía
dejando de recuerdo un silencio
y en poemas hilvanada
una que otra palabra.

Poema

Algo nos crece en los ojos
las manos adquieren ternura.

Caminamos pausadamente y
nos olvidamos del vértigo.

Empezamos a comprender
los paisajes
volvemos al ritmo propio.

Un lenguaje nuevo y menos
poblado, nace en la palabra.

Ya no nos engañan los reflejos
podemos vernos sin temor.

Ahora que sabemos de lo fútil
de las cosas
podremos hacer abandono,
silencio, olvido de nombres.

Algo ha crecido en la mirada
y no han sido solamente los años.

Del libro

Poema del ser

(1986)

(Tres fragmentos)

I

No espero retribución por ninguno
de mis actos y hago lo que quiero
sin importarme la reacción de los
demás, ni las consecuencias

porque no espero nada de nadie
y sin embargo

lo que prodigo vuelve
completándome los gestos
y lo que niego,
también vuelve a mí
como ojos cerrados
que niegan su mirada.

Estoy a la espera del que llegue
y a la vez, voy continuamente
al encuentro con los demás
aunque nadie venga y yo
no arribe a ninguna espera.

II

Me gustan las ventanas;
desde adentro
contemplo pasar al mundo

y desde afuera
adivino o presiento
que otro como uno
observa al caminante

y las puertas,
todas
me llevan a distintos sitios.

Están las que guardan
la espera de la mujer
que prepara su existir
para el que llega,
o las que concluyen
parte de una vida
cerradas desde afuera.

III

Me conmuevo al caminar
en la noche
por las calles de este pueblo
cuando todos descansan

en el que las pocas luces
dejan ver con claridad
una faja innumerable de estrellas
arbitrariamente derramadas
por el cielo.

Y soy también
habitante del sol del mediodía
cuando el viento
quema la piel y la calcina.

Entonces la lluvia
alimenta mi cuerpo
mientras camino sin rumbo
sobre la hierba.

Del libro

Los espejos del aire

(1 9 8 9)

Inicial

Veo
un lento desfile
de sombras.

En el sueño
todo es más claro.

Sólo las gentes
que transitan

oscurecen la visión.

Tengo la edad
de los jardines.

Aquí
prevalece la flor
sobre la angustia
la luz
sobre la miseria.

Estas palabras
llamarán, sobre todo,
la atención de los culpables.

I

Respiro hondamente
el viento perfumado.

Cierro los ojos
y aún el sol
vive en las pupilas.
El sillón
se mece lentamente.

Pienso
en este instante de paz.

Siento calor
en la cara y en el pecho.

Digo las últimas palabras
abandono el papel
abro los ojos
cruzo las manos e intuyo
que el cielo me mira.

II

Las nubes flotan
y configuran el paisaje.

El lucero
parece caer entre ellas.

Un hombre mira quieto.

De imaginar, fluye un poema.

La blanca hoja
se puebla de palabras.

¿Dónde encontrar el silencio
intuido en la meditación?

¿Dónde el límite de las voces
y la resonancia interior?

III

El cielo transparenta
el brillo de la estrella.

Muy lejos
el rumor del agua
se hace monocorde.

Viejos ladrillos
se asoman de casas viejas.

La sombra de un árbol
guarda su sombra.

Pero hay un árbol
que se eleva al cielo.

El viento parpadea
en mis ojos.

El lápiz cae de la mano
y el papel huye.

Quizás entro al sueño
para escribir el poema.

IV

Elijo la hora
del atardecer.

El hombre
vuelve a sí mismo.

Al amanecer
comienza a trajinar
un ritmo
lejano al propio.

El ocaso en cambio
es intenso y largo.

Cada uno
le entrega su tiempo.

V

El lejano ladrar de los perros
anuncia la llegada del amigo.

Estoy al borde de mi frontera.

Hay un viento que apacigua
el calor del día.

Atrás, muy atrás mío,
los viejos libros
perciben el desencanto.

Leo del paisaje las páginas
del olvido
y esta permanencia en el sosiego
impulsa al susurro, al abandono.

VI

Un ejército de sombras
oculta la luz con su embestida.

El sol nos olvida y deja.

Pero hay una estrella
memorada en sueños
que permanece en la pupila.

Esas huestes se diluyen en
tropeles de míticos minotauros
figuras de árboles o montañas.

Y mientras los alisios deshilan
la urdimbre de las nubes
y quedan rebaños teñidos de ocre
islas de contornos áureos,

hay un hombre esperando
que el viento fluya de sí mismo
hasta lograr que un desierto

sea su mirada
y un manojo de pájaros,
su espejo.

VII

Ese paisaje contiene otro pintado
y vivo dentro suyo.

Hay una franja del cielo
en la que se ven las márgenes
y el curso de un lento río
con sus costas, islas y bajíos.

Un solitario caminante
que proyecta su figura sobre el agua
y una nube tiene una visión
propia de las cosas.

El hombre
ha penetrado con sus ojos
los colores
en los espejos del aire.

VIII

Sobre las llanuras
del cielo atardeciendo
cabalgan figuras
como manchas.

Dvorak me da su
«Nuevo mundo».

Un hombre mira
hacia el poniente.

A sus espaldas
la oscuridad avanza.

Pero la mirada viaja con
la luz y se desprende.

El hombre se ha

quedado sin los ojos.

IX

La música
envuelve al viento.

Hay armonía
en las cosas.

Sólo se ve el río
y los árboles.

Este es el lugar
donde vive conjugado
el hombre
con su ritmo.

X

La barca se desliza
sobre el agua
sin que nadie la lleve.

Un derrotero
y un viento ya alcanzados
la empujan a la otra orilla.

Desde la costa, nadie
ha percibido su partida.

En la playa del olvido
se han borrado
las huellas de ese hombre.

La casa de Zavalla

Hay un lugar y un instante
residencia del asombro
que también es para mí
cita de pájaros.

Patria pequeña e inmensa por
donde deambulo sin fronteras.

Hay un lugar
cuyos únicos límites
empiezan en el ocaso
terminan cuando amanece.

Hay un lugar
patria del corazón, adonde
el amigo llega y la misma
ausencia y soledad acompañan.

II

Mi casa
sumergida en el paisaje,
llena de sol y de sombras.

Morada de flores
que invitan a la aspiración.

Habitada
por duendes que se esfuman
con la primera claridad.

Ese lugar

Advertiré la música del paisaje
cuando sea el esperado hombre

que oye su rumor salvaje

y encuentre un lugar
para el descanso.

Del lugar

Busco asilo
en la memoria.

El paisaje
se somete
al habitante.

Manos baldías
dibujan en cada letra
el derrotero.

Poema germinal

Busco
la soledad
y un paisaje
donde mirarme
en los espejos
del aire.

Del día

Ahora que la noche
vuelve a la memoria
de las horas
estoy en el paisaje
soy parte de él.

Rememoro caminos
sigo a las sombras
y espero paciente
la caída del día.

Intensidades

Callar
y acceder
al silencio.

Quedarse
con la sola
vibración de
la palabra.

Callar,
olvidar los ecos.

Quedarse quieto
tendido en la hierba,
dejando subsistir
la pequeña
melodía de los pájaros.

Callar,
mirar el cielo,
el crecer
de esos cánticos

que trae la noche,

hasta sentir que laten
dentro de uno
pequeñas intensidades.

Elección

Creo que estaré siempre
en el lugar del paisaje,
porque el cemento agobia.

Creo que estaré siempre
donde las horas
no importan.

Donde la luz y la sombra
son duendes de la palabra
para auxiliarme en los sueños
y revelarme en viglias
los cantos de las cigarras.

Creo que estaré siempre ahí,
para olvidar las palabras.

Amanecer

El rocío
se ha encendido
sobre el césped.

Del despertar

Amanece
y el murmullo del árbol
crece hasta la inmensidad.

Se nace
a otro día y otra vida

con cada despertar.

Una inquietud
se oye crecer muy lejos.

Advierto mis manos
en sus tareas
y saludo al día
con las voces
más íntimas de mi ser.

Fragancias

Me he propuesto
respirar
y los jazmines
habitan
el aire.

Éxtasis

El viento de la tarde
y mi cuerpo tendido,
gozan de la quietud,
afirman el paraíso.

Imagen

El firmamento
del atardecer
es como un océano
inaugurado
para desvanecerse
en la noche.

Atardecer

La tarde
se desnudó
hasta la noche.

Nominación

No es necesario
ponerle palabras

al paisaje.

Las luciérnagas
son el paisaje.

Del libro

Las voces de la palabra

(1 9 9 2)

*

Haber soportado y
trascendido el día
es una misión cumplida.

Haber transcurrido
el día, es de por sí
un milagro.

*

Al llamado
de esa voz
mía
pero fuera
de mí
arriba.

*

Para las cosas
el silencio.

Para el hombre
la voz.

*

Se es más la voz
que lo que se canta.

Más el sonido que
el significado.

La música traspasa
la frontera del otro.

*

No ser
el cantor
ni el músico
ni el poeta.

Ser la canción.

*

Ante uno mismo
y ante el otro.

Ante la vida
y los pájaros,
delante de las
lluvias,
ante los ríos.

Arrodillarse
aún delante
de la nada,

porque importa
lo religioso
del rito, el acto
el poder

de la liturgia.

*

Espacios diáfanos del aire
convocan a los vientos
y a las voces.

Estallan las palabras,
ruedan los ruegos
y el agua canta.

El hombre
ha descubierto la voz
que lo hermana.

Escucha desde lejos,
y entiende la distancia.

El hombre es todo voces,
silencios,
a veces
todo alma.

*

El uno

ido en
la otredad,

no se alcanza
nunca más.

*

En la penumbra
del espejo,

el otro
es una sombra
que late.

Y sólo esa sombra
es sombra sonora.

Estandartes

1

"Hazte el que eres"
Píndaro

Si nos contentáramos
con el hombre primero
que nos fuera otorgado,

no debatiéramos la posibilidad
en cierne, que aparece
y se abre a cada paso.

Si nos quedáramos quietos
en esa quietud ya nuestra
sin intuir al ser más cercano,

hoy no podríamos con el devenir
conociendo el arcano de la palabra,
que son las que forjan la existencia.

2

Creo en un existir
de soterradas aguas

donde beben
desde el comienzo

esos pájaros.

3

La armonía surge
de vedados manantiales,

-en los sitios de
la noche perpetua-,

donde un hacedor
de símbolos,

dejó grabada la memoria
universal de la vida.

Entretanto, navegamos
en bajeles templados de asombro,

consumiendo las posibilidades,

sin atrevernos viajar a ciegas
por las alucinaciones del espacio.

4

Cuestiono los más lícitos
argumentos,

para comprobar
si la desolada calma
del espacio que no ocupo,

es camino cierto
hacia el lugar perenne,

o errada fe,
en la búsqueda
de un sendero perdido.

5

Aspiro a la
voluptuosidad

de un caos
sumergido

que entreveo
en los espejos
del aire.

6

Una prístina
luz
se revela.

La recuerdo
desde antes
que la memoria

dejara huellas
en libertad.

7

Busco
la secreta
lucidez
de la noche,

para
alcanzarme.

8

Cada boca
deja una palabra
distinta.

Cada palabra
nos acerca o aleja
de nosotros.

Ser y estar
en el otro
es la manera
de amar.

9

Esta nostalgia
absoluta

alienta la voracidad
del cansancio

nutre la sed
interna del agua.

10

Insaciable
sed de dar.

Amar

no como ritual o
conmemoración.

11

Hablo de un país sin
nombres ni palabras.

Un país de insomnio.

Un país de eterno mayo,
en el que los días
se diluyen en neblinas

habitado
por sosegados hombres
que alguna vez

cansados de mundo,
pensaron en ese lugar
del que les hablo.

12

Dialogal

—Déjame huir
de tu devorada búsqueda—,

y permanecer
como aquel hombre,

aprehendiendo la corriente
de un río de silencios.

Que sea para otros el nivel
de conciencia que destruyo

y para mí,
sólo el arraigo.

13

Alcanzar al hombre
que se habita,

hablar con él,
construirlo y destruirlo.

Culminar la espera
en un espacio,

más solitario
que el de la noche.

14

Hacedor

Los días
de acuerdo con lo sentido,

sin encierros ni horarios,
con el amanecer y el ocaso,

guiado por la estrellas
y por la sombra que uno,

caminante en pos de sí,
proyecte sobre el camino.

15

De los días

Evoco sin nostalgia,

porque lo vivido
es pasado transitado.

No quedo en ningún sitio,

los lugares limitan

las distancias.

16

*“El hombre va muy lejos para saber quién es”
T. Roethke.*

Algunos viajan,
recorren desconocidas
ciudades y fronteras.

Buscan en lo infinito
un espejo
para mirarse.

Tanta inmensidad,
a veces obsesiona.

También viajo en
busca de algo.

Transito constante
en la intimidad
de mí, que es un otro.

17

*“Hambre es lo que llamáis amor”
F. Hölderlin*

De lo libre

No esperes
que las sutiles
tramas de los días
forjen una urdimbre
de cadenas.

Huye
si no puedes irte,

abomina los cerrojos.

18

De lo libre II

Crecer en alas
y volar,

abandonar
todas las cosas
en el momento
de poseerlas.

Olvidar,
antes de fortalecer
los vínculos.

19

Mañana y noche,
los que fueron,
los que serán y hoy son.

La memoria
de lo que siendo historia,
es presente y porvenir,

rota en el tiempo,
dimensión apenas intuible
del espacio.

20

Anularse

no sentir,
no estar.

Alcanzar

la última
puerta.

21

Recorrer infinitas
distancias,

más allá de viajes elegidos

y saber que aquí
puede encontrarse

uno mismo

a través
de su espejo.

22

Las ventanas
se han abierto.

Los pájaros
en celo

ya saben
cómo se conquista

la libertad.

23

I

Hay una puerta que
se abre hacia la noche.

Luego,
un efímero goce
y un camino.

II

Cuando despierto
y veo culminar los sueños en
medio de la mañana,

el cielo
se ha convertido
en una salida de igual valor.

24

Recordando a Lao- Tsé

El cielo
transparenta
imágenes,

sin embargo,
no es
las transparencias.
Brilla una luz.

Pero si resplandece
y oscurece,

no es la luz.

25

Huir de uno,

ver en los espejos
de los viejos días

y encontrar
el reflejo de la infancia.

26

Inicial

Si digo arriba o abajo,
sabio o ignaro,
visible o invisible,

aparecen frente a mí,
Hesse y Lao-tsé.

No hablan de lo inefable.
Sólo me miran y los miro.

Entonces comprendo
que todo interrogante
merece del otro

una respuesta
que deje de lado
las palabras.

27

Valía de algunas cosas

Veo al hombre
devastar y destruirse.

Cada holocausto
se me ocurre una derrota.

Toda pugna
un haber para la muerte.

Una flor o un pájaro,
ya dicen del triunfo.

Las únicas victorias
que todavía son nuestras.

28

Acaso se pueda traducir en palabras

I

Las estrellas muestran
con su quietud
en el firmamento,

que el sitio desde donde
las contemplo
es el lugar para la reflexión.

II

El viento habla del
desapego de su linaje.

Estoy absorto

pensando solamente
en la imposible tentativa.

29

Uno y el lugar

Identificado con
la vastedad,
desierto, mar, estepa.

La constante
es la inmensidad,
llanura o cielo.

Lo deshabitado,
la soledad.

30

Cielo. Atardecer.

Estoy sentado,
bajo el árbol

de la memoria.

Sus hojas caen,
sobreviene
el olvido.

31

De soledad.

Hablo
de otra soledad,

de una soledad
incandescente

que inunda
con sus gritos

las vertientes
internas del silencio.

32

De la conciencia

El hombre
tiembla
absorto

ante
la imagen
de sí mismo.

33

I

Detrás del mundo
encuentro otro
que conmociona
los sentidos.

Antes de las
palabras,
sé de un sonido
que es memoria.

Fuera de mí o dentro
del cuerpo,

El paraíso
no es un lugar.

No posee nada
ni a nadie.

Apenas es sentimiento,
cuando dejamos al yo.

38

Carne y sangre
esperan.

El holocausto

comienza
con el fuego.

La prueba
definitiva,

es un estandarte

desplegado.

39

Gira en torno
a sí mismo,

desconcierta
a los espejos.

40

En uno

Surgen palabras.

Obedezco solamente.
Brotan sentimientos.

Miro con la atención
de un caminante.

Nada me es ajeno.

41

De dar II

No dar luz
o sombra,

apenas camino.

Las manos,
una mirada.

Una palabra.

42

Del otro

Sin uno

el otro
no existe.

Sin embargo

dependo de
su existencia.

Acaso el otro,

padece también
de sí mismo.

43

No me encamina el
porvenir, ni estoy

atado al pasado.

No soy de los conductores
o de los que engrosan
la gran marea humana.

No me sitúo de este
o aquel lado de
ciertos límites,
ni medito sentado.

No me encuentro
detenido en ningún sitio
ni viajo en pos de algo.

No señalo vías a los demás
ni soy guía de nadie.

Apenas si existe la silla
en la que trato
a diario
de situarme.

44

No está presente ni ausente,
no tiene figura ni es informe.

No es visible o sabio,
no ha venido ni se ha ido.

No castiga ni perdona,
no da ni deja de dar.

No ha nacido.

No persistirá a través de los tiempos
porque no pertenece a él

ni ocupará el iluminado espacio
porque no tiene espacio.

45

Del fin

El rostro
que creíamos propio,

se deslía en
el agua.

Acrecienta
la sombra,

que también
se desvanece.

Del libro

El arte del olvido

(Versión completa)

*

Cuando nace
la palabra

desaparece
Maya,

se ilumina
el silencio.

*

Un hombre
sentado

al lado de
un espejo,

es su otro.

*

Descubierto
el secreto

de la noche,

la noche
se consume
en sí misma.

*

Bajo el peso leve
de la alondra

crece el verde.

Cuando el hombre pasa
gime
el paisaje.

*

El sonido
del agua

sobre la
piedra,

reverbera
en la
memoria.

*

Inmensidad
irradia el cielo,
el insecto,
admite su lugar.

Sólo el hombre
cree que
comprende.

Inmensidad
irradia el cielo,

la piedra
acepta su destino.

*

La mano
fatiga la escritura,

invade el blanco,
lo pulcro y silencioso.

Busca día a día
combates que demoran

la claudicación final,
el abandono.

*

Abandonar el tiempo

que no tenga contención
en mi cuerpo.

Me quedo
con la dicha,

en el instante
de ser consciente
del ocaso.

*

Después de
la creencia
en la
revelación,

vuelve
la orfandad,

el vértigo,
la soledad.

Y llegar
intentando
ser libre.

*

No vivo
en los recodos
de la noche

o en los
andariveles
del día.

Mi morar es
el de todos.

Y cada cual
con su soledad
a cuestras.

*

El aliento

que respira
la casa,

empaña
los vidrios.

Sobre cada
ventana

escribo
un poema.

*

El mirar
se detiene

en el espacio

y ve

sólo la nada.

Regocijo del
instante

ante el asombro.

Quién pregunta

qué es lo
trascendente.

*

Fascina
el camino

que lleva
a la
distancia.

*

Estar

entre
la vacilación
y la memoria,

ofrece

la certidumbre
de lo efímero.

*

Sombra ritual
que cada
amanecer

reanuda

el ciclo
incandescente
de la voz.

*

Un hombre
no es más

que el niño
que fue.

*

Ya no pesa
la intemperie.

El maestro
ha enseñado

el arte
del olvido.

*

A W. Harvey, in memoriam

En las orillas
del día,

percibir
el testimonio

del ser
que se aniquila.

*

Sombra
de los días,

presente
en el hoy.

A lo sumo,

en el día
de mañana.

*

No de pie

delante de
uno mismo,

ni detrás
o más allá.

No sentado
meditando.

Activo en
serenidad,

plenitud
del goce.

*

La tierra húmeda
recibe el cuerpo.

La mirada emocionada
sube a las estrellas.

La hierba acaricia
el dorso de las manos.

Te evoco, viejo Whitman...

Otros, como nosotros,

en algún lugar del mundo
de lo mismo están hablando.

*

La mirada
puesta en

un sitio
preciso

del cielo
o del río.

Y el rielar
viene
hacia uno,

si está
quieto.

*

Lejos de la

voracidad del sol.

En la punta
de la vela

que proyecta
sombra en
la pared.

Donde el humo
se esfuma
en la penumbra.
*

No destacar

el transcurso
de la vida.

Las lluvias

o el devenir
de los hechos.

Elegir
el instante,

que al cabo
fenece.

*

Se desvanece
una imagen,

surge entre
penumbras

el otro.

*

En la bitácora
del navío,

se escribe

una historia.

Ahí viaja
un testimonio

de cada uno,

y de todos los
naufragios.

*

Hojas
meciéndose,

alta hierba
semejando
una marea.

Los pájaros
en los bordes
del cielo
viajan cantando.

Fisura temporal
donde música y poema
traspasan el cuerpo.

*

A Lie-tsé

Abandonar
la ilusión,

el mirar,
el credo,

cuando
el olvido.

Después
del amor,

en la oquedad:

la palabra.

Distante
todavía

hasta del
imperfecto

vacío.

*

Embriagado.

Errando
sin camino.

Con el incierto
derrotero
de la estrella.

La respiración
que alienta.

*

Una nave
precaria,
abarloada

sucumbe

en la
borrasca.

*

No
el ascético
estadio
del temblor.

Amo
el goce
perfecto
del impulso.

*

Necesito
un corazón
desarraigado,

menos frágil
que aquel

que sabía
acompañarme
en mi pasado.

*

Transida
de tantas
agonías,

el alma
se refugia.
Se refugia.

*

De pabellón
vuelve
la soledad,

el bajel
del amorío.

Nauta irredento
de otro
naufragio.

Los velos de la luz

*

Preguntan
qué hago aquí
tanto tiempo.

–Escucho
el paisaje–,

digo.

*

Del paisaje

1

Más sonidos
que figuras,

vuelos
que mirares.

Los pájaros
están conmigo.

A veces
hasta soy
sus trinos.

2

Extraño
derrotero,

la libélula
suspendida
en el aire.

3

Por la gramilla
recién segada,

pasea

con garbo
una alondra.

4

El «ostinato»
del mar

memora

la sinfonía
del tiempo.

5

Sugestivo:

el pico
del pájaro,

es la señal
del viento.

6

Espejo
inmóvil
que ilumina
al charco
y refleja
parte del
cielo y parte
del paisaje.

7

Invoco a la flor
del aire

que pende en
cualquier sitio.

No importa
un lugar,

es dueña
del espacio.

8

Si el borde
del pétalo,

roza apenas
los labios
y estremece,

¿qué hará
toda la flor,

en el jardín, en el aire
en el olfato?

9

Árboles viejos

Se yerguen
gigantes

solamente
un temporal
los estremece.

Ocultan
trinos,

vigilan
el espacio,

demandan
estos versos.

10

El pájaro

bate sus
pequeñas alas

en el agua

y sé que no
me teme

11

Una elegía
para
la soledad:

el sapo
gozando
en el estanque.

12

Un pájaro
ensaya
su balanceo,

sobre
el alambre
que posa.

13

Se tambalea
y cae

deja de ser
una gota,

vuelve a ser
el agua.

Del amanecer

1

El límite
en la noche
es el alba.

2

A Ungaretti

A la hora
que empieza
el bullicio
del día,

el paisaje
se mira
hacia
adentro

a través de la ventana.

3

Palomas
blancas

trazan
sobre
el telón
celeste,
la estela colorida
de la
mañana.

4

Don
del alba

el gallo
que canta.

5

El día
musita
al oído
del viento

un susurro
que arrulla.

6

Cruza
hasta el pino
grande,

una paloma
blanca

y hace nacer
la mañana.

Del mediodía.

1

Iridiza
sobre
el curso
de este río
que mira
el navegar.

2

El velo
de la luz,

hiere
al paisaje.

La distancia
aleja.

3

Baldía

la playa
en invierno.

4

Idilio de
la gaviota

con la ola

en su afán
por lograr
el sustento.

5

El límite
de la playa
con el agua

se rompe
con la luz
del mediodía.

6

Cenit.

El rumor
del día

irá
creciendo

hasta
la plenitud.

Del atardecer

1

También
el sol,

fugitivo,

se sonroja
en el ocaso.

2

Anochece
el ruido,

vencen
los grillos.

Los pájaros
se han ido,

se apenumbra
el cielo.

3

La atmósfera
de esta hora,

colorea
de fuego
la enramada.

4

Crece
una claridad
intensa

cuando
se acerca
la noche.

5

Reverberan
rojizas

las copas de
los árboles.

Es el ocaso.

6

Un contorno
dorado

da la hora

del día
que culmina.

De la noche.

1

Grillo,

porfía
y armonía

capricho.

2

Diosa blanca,
que a esta hora,

recostada
en el poniente,

autoriza
la nueva aurora.

3

Veladura
de un sol
por nacer,

las difusas
nubes
de frío,

antes del
amanecer.

4

El día
que aún
no llega,

traerá

su aurora
y con ella
al crepúsculo.

5

El cielo
se nubla y
estremece,

fulgura
lo invisible;

y en la noche
llueve.

6

Miro
ese río,

rielado

por la
luna

que nos
mira.

En la palabra

*

Llama
recóndita
y perpetua.

Guía en la
oscuridad,

el candil
de la poesía.

*

A lo que cesa

amanecer
de la tarde.

Las cañas
sonoras
que golpea
el viento
con notas
primitivas

gotas de viento.

El sol
hundiendo

en el sopor
de la frente

su calor
de otoño.

Lo que
concluye,

final

de la brisa

que ocupará
el silencio.

Llegada
del ocaso,
que abrirá
la noche.

Vana memoria
de lo que vendrá

después.

*

Escribo
más allá
de mí,

cuando
el naufragio
arde
en la palabra.

*

Invito a caminar
por los poemas,

con las palabras
que susurro.

Digo:

dispuesto
a revelarse
ante uno mismo.

Usar el tañir
de las propias
campanas,

El cimbrar
del ser,

y después,

decir juntos

la emoción

de las lágrimas.

*

Vacila
el pabilo
de la flama
con la brisa.

Se torna
innecesaria
la palabra.

Pero es
palabra

al apagarse.

*

Cesurado
en el sitio
preciso
del sentido,

cada verso
espera
su lugar,

en lo fugitivo
del instante.

*

Prefiero nominar

piases y vientos
que imagino.

Cerca

de la agresión

visible,
la palabra
se intimida
y enmudezco.

*

Arte poética

I

No es la espontánea
locución
de un sentimiento,

la rápida expresión
de la palabra,

o la inminente
sensación
que nos delata.

No es lo urgente
o aquello venidero,

que la inspiración
acosada
nos demanda.

II

Es la mirada
vaciada
de distancia,

el buril
que desentraña
otro valor
de la palabra.

La vista
aguzada,
la procura
de otra visión
no vislumbrada.

La fuga
de la emoción.

El olvido,

la marca
del presagio.

*

Pregunto
a las palabras:

qué han dicho

que estoy desnudo
ante todos.

Interrogo,

tanta escritura
acometida.

La respuesta
es un enigma.

De ellas,

crece el atisbo
de un poema.

*

El eco
antes que
la voz,

el espejismo
aún sin
el desierto.

La soledad
previa
al encuentro.

El saludo
del adiós,

antes de
la partida.

El poema
antes

de escribirlo.

*

El poema,
prisionero
en sus mástiles,

navega
hasta zozobrar
por la tormenta.

*

La palabra,
como un puñal,

se clava
en el día

detiene
el devenir,

anuncia
el instante.

Si algo
tengo que decir

 digo:
 poesía.

*

No importa
el universo,

vi el alma,

lo trascendente
del ser.

Para el poema
basta
la gota

al borde
de la hoja,

brillando.

*

Ausente
del suceder,

el poema

refleja, apenas,
el asombro.

*

Lo escrito
quiere ser,

universo
al que falte

fíat de voz
que un otro

autorice
al revivirla.

*

Algo denota
a otro algo,

y comienza a
engendrarse

un poema.

*

Declinar

la voracidad,

en aras
del silencio.

En pos
del vuelo

el ansia
incontenible,

la sed
profunda.

Las voces
de la calle,

en procura

del desenlace.

*

Caminé
en busca de
una sombra.

La última vez
que la vi
junto a
mi cuerpo,

atardecía.

Crucé
la noche
de los días,
y amanecí
sin ella,

que era
lo que
no sentía.

Sólo había
quedado
ser palabra.

*

Hago poesía
con el tiempo

del trino
y de las voces,

lo fugitivo
del instante.

*

No el jardín
apacible
de los lirios.

Antes,
la avidez

de la arena
del desierto,

la sed
del caminante.

La mano
partida

en la fragua
por alcanzarla.

*

El poema

extenúa
recursos

sin alcanzar
lo propuesto

al escribirlo.

Después

aparece

el lector

y le da
un significado
distinto
a su insinuado
sentido.

*

Hay una
entrega

al lector
que atrapa
del poeta,

el lugar
desnudo
que devela.

*

Austera
la tarde,

carente
en este
páramo

de árboles
y pájaros,

aguarda

su llegada
inminente.

*

No importa
la oscuridad,

la luz, la despedida
o el olvido.

Sólo importa
estar despierto.

cuando
el asombro

se diluye.

ante nuestros ojos.

*

En medio
de esta
incertidumbre,

la voluntad,

la certeza
del poema

engendrándose.

*

1

La soledad
del paisaje

entra
en el poema.

2

Tanta soledad

ilumina

las noches.

*

La poesía
es el único
camino que puede
conducirnos,
aunque
no sepamos
dónde ir.

*

No caigas
en el ardid

del poema.

No lo creas
del todo.

Tiende
tu propia
trampa.

*

Escribo
este libro,

para que
puedas
verte en él,
como en
un charco
que resplandece.

*

In memoriam de B.

La vida
no enmudece
por su final.

Por su fin
canta canta.

Bibliografía

- «Tiempos», Poesía, Ed. Nuestro Tiempo, Rosario, 1968.
«Introspección», Poesía, Ed. Siglo, Rosario, 1970.
«Las paredes», Poesía, Ed. Runa, Rosario, 1970, con ilustraciones de Roberto Amoroso.
«El lugar», Poesía, Ed. Runa, Rosario, 1972.
«Contornos de Juego», Narrativa, Ed. La Ventana, prologado por Alberto Lagunas, Rosario, 1979.
«Poema último», Poesía, Ed. La Ventana, ilustrado por Pedro Giacaglia, Rosario, 1981.
«Poema del ser», Poesía, Ed. Juglaría, prologado por Héctor Yánover, Rosario, 1986.
«Los espejos del aire» - Poemas del paisaje-, Poesía, Ed. Juglaría, Rosario, 1989.
«Poema último», Poesía, Ed. Juglaría, 2da. Edición, ilustrado por Julio Rayón, Rosario, 1992.
«Las voces de la palabra»- Sombras sonoras», Poesía, Ed. Juglaría, prologado por Ana Victoria Lovell, Rosario, 1992.
«La noche es un mito de esperas», Poesía, Casette con música de Maximiliano Velloso y Cristian Petrone.
«El arte del olvido», Poesía, Ed. «Poesía de Rosario», prologado por Claudia Caisso. Colección «Poetas de Rosario», Rosario, 2000.

Poemas editados con otros autores y antologías en las que está incluido

- «15 Poetas», Ed. Runa, Rosario, 1971.
«52 Poetas», Ed. Sociedad Argentina de Escritores de Buenos Aires, 1971.
«Poemario 72», Ed. del Alto sol, Bs.As. 1972.
«Poemas», Ed. Mantrana 7000, Buenos Aires 1974.
«Poesía viva de Rosario», Ed. Institutos de Estudios Nacionales, Rosario, 1976.
«Poemas de homenaje a Juan L. Ortiz», Ed. La Ventana, Rosario, 1976.
«Antología de la poesía argentina», Ediciones Fausto, Buenos Aires, 1979, prologada y compilada por Raúl Gustavo Aguirre.
«Poemas», Ed. La Ventana, Rosario, 1979.
«Muestra poética», Ed. El Laberinto, Rosario, 1979.
«Dos y dos», Ed. El Laberinto, Rosario, 1980.
«Poemas de amor», Ed. La Ventana, Rosario, 1982.
«Palabras y silencios» -Poemas para leer en las calles- Ed. Juglaría, Rosario, 1983.
«Diario de Poesía», Ed. de la Dirección de Cultura de la Municipalidad de Rosario, nº4, 1983, dirigida por Alberto C. Vila Ortiz.
«Poemas por América», Ed. Juglaría, Rosario, 1985.
«Poemas por el hombre», Ed. Juglaría, Rosario, 1990.
«Selección de poemas», Editorial Municipal de Rosario, 1992.
«La única ciudad», Ed. Homo Sapiens, Rosario 1994.
«Poesía latinoamericana» Tomo I (Argentina-Cuba), Ed. «Poesía de Rosario», 1995.
«Poesía latinoamericana» Tomo II (Argentina-Perú), Ed. Poesía de Rosario, 1997.
«Café con letras», Editorial Municipal de Rosario, 1999.
«Poesía latinoamericana» Tomo III (Argentina-México), Ed. Poesía de Rosario, 1999.
«Retratos de Poetas» con fotografías de los autores realizadas por Pepe Saldi, textos y notas biobibliográficas. Ed. Poesía de Rosario, 1999.
«Voces de Poetas», Disco Compacto, Ed. Poesía de Rosario, 1999.

Asimismo, ha colaborado con diarios y revistas del país y del extranjero con textos de poesía, reseñas, ensayos y narrativa, realizando lecturas y conferencias en distintas ciudades argentinas y de otros países. Es Miembro Honorario de la Academia Argentina de Historia, dirige las revistas literarias : «Nuestro tiempo» y «Runa» en los años 60 y 70 y desde 1990, dirige la Revista Internacional de Poesía «Poesía de Rosario». En el sitio de internet www.biblele.com/interpoe/, se encuentra parte de su obra en traducción a distintos idiomas.

Opiniones sobre su obra

Sobre «Introspección», en Diario «El Litoral»,(Santa Fe), del 25/4/71. «...Tonalidad poliforme en la vertebrada unión inquisidora que registra obsesiones lógicas: la introspección buceadora del arcano revelador de la pugna intimista., que no excluye en el tranfondo el ansia y la búsqueda de la claridad trascendente; la visión subjetiva de la realidad, la ardua y laboriosa reconstrucción interior de la muerte-vida y de la vida-muerte....Enrollado en una corriente de formas herméticas que no desdeña cierta simbología erótica, traduce un paisaje espiritual donde la alucinación y el delirio soterrado, la noche íntima asoma como una realidad de singular carnadura...» (A.Camacho Gómez).

Sobre «El lugar», en Diario «La Prensa», (Buenos Aires), del 1/12/74. «...En una poesía de rica sustancia y hondo pensar, el autor muestra sus estados espirituales y sus tremendas angustias existenciales con un lenguaje actual, por momentos lleno de una singular riqueza pensante. En su canto, nos entrega su proceder surrealista, alimentado posteriormente con el padecimiento del hombre en los tremendos momentos que le toca vivir hoy...Poesía madura la de este autor, en la cual el hombre aparece como incendiándose en la búsqueda de sí mismo y de un mundo trascendente donde él pueda ubicarse como razón lógica de la existencia, pugnando por anteponer la aparente gratuidad de ser...» (Lisandro Gayoso)

Sobre «Poema último», en Diario «La Capital»(Rosario), del 1/11/81. «...»Poema último que ya entonces, al ser publicado en forma conjunta, llamó particularmente nuestra atención, como lector y como crítico, desde el momento que en él se descubría no sólo su madurez expresiva, sino también la plasmación de una especie de síntesis simbólica de su actitud lírica y vital....Evidentemente, esa singular trascendencia de la página señalada, vivía conscientemente en el mismo poeta, que no obstante las muchas afinidades compartidas con los otros escritores citados, exigió una vida propia en cuanto a materialización comunicativa, demasiado constringida en los límites de un volumen colectivo... El mismo adjetivo «último», aplicado al poema y la alusión -en la última estrofa, a la muerte reflejada en los rostros ante el espejo, nos están hablando de la ascensión por el escritor, de aquella actitud vital necesaria -generalmente crisis que permite el ingreso pleno en la madurez moral y espiritual-, en que se hace imprescindible un recuento esencial de experiencias que definan nuestra presencia en el mundo, como si lo hiciéramos por última vez, aunque tal vez pueda significar el punto de partida de nuevas búsquedas... Como en sus anteriores libros de poemas, muestra su preferencia por un verso libre de las ataduras formales tradicionales (métrica rima), que deje en plenitud de valor a la palabra misma, pero no en una desnudez elemental, sino en una entramadura sintáctica que potencie sus posibilidades simbólicas connotativas...» (Eugenio Castelli).

Sobre «Poemas de amor» y «Poema último», en Diario «La Capital» (Rosario), del 30-1-83.»...Los «Poemas de amor», de G.I.- si bien toda obra es sólo una etapa de la continua maceración de la palabra en nuestras vidas -, difieren de las constantes temáticas de su etapa inicial («Tiempos»1968; «Introspección,1970; «El lugar»1973), este autor está marcado por una de sus obras.(«Contornos de juego»,1979). En ese sistema de relatos breves, son recurrentes una serie de motivos simbólicos que, siendo de honda repercusión personal para el autor, lo son también en la tradición literaria donde ha abrevado. Me refiero a la imagen del «espejo» o el tema del «doble». Subjetivamente, percibo en su cosmovisión la presencia hegemónica, si bien, disimulada, de una frontera, límite, surco, señal a veces, frente a «lo otro». Este límite es en momentos optimistas, el mismo horizonte; «puerta» en los más enigmáticos; «celda» en los más aterradores. Pero como en realidad es una frontera ante sí mismo, la imagen recurrente es la del espejo, origen de esa dualidad contrapuntística entre personajes o estructuras simétricas que ha señalado A.L. en el prólogo a «Contornos de juego». Cuando las vivencias del poeta toman aire, se solean, el límite se abre, la frontera se desplaza y entonces encontramos manifestaciones sosegadas que nos hablan del paisaje circundante, en medio delcual el poeta insiste en encontrar su «ritmo interior». A esta tesitura responden los poemas insertos en: «Dos y Dos» de 1980, titulados «Los espejos del aire». En cambio, cuando la frontera se acerca, a veces peligrosamente, el autor se convoca a sí mismo. Con un impulso agónico realiza esta tarea en «Poema último», donde con bríos desmedidos se llama a la voracidad, al incendio, a la plenitud del instante, a desembarazarse del pasado; pero sobre todo, a la apertura, en un «abrir de puertas», «pueblos», «calles» e incluso su misma interioridad. Es un abrir con mayúsculas que insiste en la violación de todas las fronteras, a evadirse de celdas interiores y especialmente a entregarse. Formalmente, la estructura de «Poema último», a pesar de la provocación arquitectónica, es una composición clásica en su ritmo. La enumeración, el paralelismo, la consistencia letánica de la invocación, adquiere la persistencia marcial de una proclama. Enumeración que alcanza un climax acumulativo final, para interrumpirse en dos versos inesperados anti-climáticos, donde vuelve a aparecer la imagen fantasmal del espejo: «aunque mirando nuestros rostros en los espejos/decidamos que es mejor morir sin que

nadie despierte». Estas imágenes aprisionantes no aparecen en «Poemas de amor», y si bien, en «Poema último», nos habla de «escribir para nada», en su última entrega se rescata la confianza en la nominación fundadora, en la palabra sustantiva, sin matices, capaz de revertir su actitud de «eterno innominado», y considera que la vivencia plena -sin duda, la amorosa-, es la que puede autorizar una palabra salvadora para sí y para los otros. Se respira una reivindicación de la esperanza...» (Inés Santa Cruz)

Sobre «Poema del ser», en Prólogo al libro: «...En la gran corriente cuyo padre natural es Walt Whitman, abrevamos muchos afluentes que hicieron y hacen ancho camino para la poesía. Nuestro autor, que desde 1968 prueba su musculatura marina, se interna ahora en este gran mar del canto que no le es ajeno. Voces adánicas lo atraen a la profunda respiración que inspiran estas aguas; y anda altivo y pletórico haciendo suyo el mundo con sus voces de siete leguas. Poesía de vida, opción de amor, me enorgullece saludar estos versos vivos y plenos con los que se instala junto a sus hermanos. Porque es verdad que es un poeta nuevo de la vida, porque es verdad que canta desde la esperanza...» (Hector Yánover)

Sobre «Los espejos del aire», en Diario «La Capital» (Rosario) del 21/10/90. «...la actitud del poeta al encarar con sus palabras y vivencias el tema de la vida retirada, lo que significa en su poesía, la distinción de un «factum» o paisaje que se da fuera del «yo lírico»; continuum desordenado que luego la palabra, el verso y por último el poema, ordenarán para comprensión y goce del lector... Este libro está dividido en un poema inicial; un extenso poema sin título en diez estaciones y quince poemas restantes, en donde el lugar (la casa de Zavalla), los distintos matices del día (yo diría que simbólicamente expresan los distintos matices de la luz),... Junto con la palabra poética que enuncia, están las otras, las que el poeta olvidará para fundirse en lo innominado: el paisaje, en la paz... «Los espejos del aire» aluden a otra realidad, espejada más allá de la perceptible por los cinco sentidos habituales y que la poesía de nuestro autor, capta como un reflejo de una orilla esperada y sabia. (Alberto Lagunas).

Sobre «Las voces de la palabra», en Diario Rosario 12 (Rosario), del 30-12-92.- «... Sin embargo, y acaso por no gozar de los favores de la crítica en la misma medida en que lo han hecho otros autores, la obra de Ibáñez, todavía sigue situándose -como la de tantos poetas rosarinos- en ese lugar lateral que caracteriza a los textos «inapropiables», para los aparatos culturales dominantes. Pero esa marginalidad (o excentricidad, o incluso excesividad), respecto de tales aparatos, tal vez sea el lugar que mejor le cuadre a una poesía como de este poeta, puesto que su lenguaje y los asuntos que trata, difícilmente podrían ser recuperados por una perspectiva que consagra lo obvio y lo común. Por el contrario, «Las voces de la palabra» es un libro que, a pesar de la transparencia de su discurso, exige una lectura atenta y minuciosa, dado que soslaya deliberadamente cualquier forma de lugar común o de facilismo en la sobria enunciación de sus versos... evita dignamente los gestos «concesivos» que identifican al oportunismo poético. Evidentemente de lo que se trata es de generar un mundo poético con todo el rigor y con toda la riqueza verbal que esa obra supone, aunque se valga para ello de recursos austeros y sencillos... de lo que se trata en verdad, es de una verdadera poética que privilegia lo breve y lo conciso, para producir con esas formas, un universo de sentido riquísimo en el que muchos tópicos universales de la poesía, recurren insistentemente... no sería excesivo afirmar que «Las voces de la palabra», no es más que el desarrollo dialéctico, agonístico, que confronta las voces (del autor, de los otros), con el silencio...» (Roberto Retamoso)

Sobre «El arte del olvido», en prólogo al libro: «...La transparencia, la concisión, una veneración muy singular por el silencio han sido auscultadas aquí, en poemas que no cesan de cifrar la distancia entre los seres y las cosas. Puesto que este es un libro en el que la búsqueda de semejanzas y el vértigo abierto por todo aquello que no admite equivalencias, comparten una única morada. Ambos hacen a la paradójica analogía que vertebró el teatro de brevedad suma del habla, un desafío de sobria juntura mediante la cual se reinscribe el trabajo necesario del olvido, como una labor capaz de vibrar a contracorriente de las estrategias de la razón, con el vagabundeo de las auténticas ocurrencias. Zen y arte del olvido, parecen proponernos así un movimiento que está dado a jugar en el sentido más serio, también el más arcano del término- con el valor puntual de la errancia, la ambivalencia que cuida el nomadismo en la captación del alzamiento y la «aniquilación» del ser. Tal deriva coexiste con la suprema condensación del decir: un despojamiento de verborragia que empuña la dilatación de cierto sentido de la magia que sólo vive en la infancia...» (Claudia Caisso)

-colección de poesía-
dirigida por **Sergio Gioacchini**

- 1.- **Lo bueno breve**, de *Andrea Ocampo*
- 2.- **bajo la sombra de tu nombre**, de *norman petrich*
- 3.- **Oficios de Abdul**, de *Jorge Isaías*
- 4.- **Cantos olvidados**, de *Alberto Lagunas*
- 5.- **Persistente materia**, de *Edgar Ludmer*
- 6.- **Los hechos de dominio público**, de *Oscar Bondaz*
- 7.- **La otra altura de los pájaros**, de *Rubén Plaza*
- 8.- **El regreso natural**, de *Jorge Conti*
- 9.- **Poemas erráticos**, de *Sergio Gioacchini*
- 10.- **Vibraciones**, de *Margarita Madariaga*
- 11.- **Árbol de la memoria**, de *Guillermo Ibáñez*